

1. Érase una vez un hombre que reparaba compactadores de residuos, porque eso era lo que más le gustaba hacer...

2. Érase una vez un hombre que reparaba compactadores de residuos en una sociedad en la que escaseaban los materiales de construcción, en la que los residuos debidamente compactados podían utilizarse como cimientos...

3. Érase una vez un hombre que odiaba los compactadores de residuos pero que los reparaba para ganarse la vida y para mantener a su maníaca esposa a base de tranquilizantes, de manera que él no tuviera que pasar tanto tiempo con su amante, que ya no era tan divertida desde que se convirtió a una nueva religión...

4. Érase una vez un hombre que, al montar deliberadamente de manera equivocada los compactadores de residuos que detestaba, creó una máquina que...

No hay manera. No puedo hacerlo. Puedo jugar a las «Trece maneras de contemplar al reparador de compactadores de residuos», pero no puedo hacer de eso una historia que resulte a la vez intrigante, chocante, grotesca, filosófica, satírica y divertida. Hay una manera muy especial de conseguir esto, y el primer paso para lograrlo es ser Philip K. Dick.

Brian Aldiss le ha llamado «uno de los maestros de las insatisfacciones de hoy en día», algo que queda muy aparente en la mayor parte de su obra. Porque uno de los grandes atractivos que su obra tiene para mí es el efecto que Dick consigue cuan-

do arroja esas insatisfacciones dentro de su cabeza y le da al interruptor.

Aparte de que considero una forma de trampa estética el comparar a un autor con otro, no se me ocurre otro autor con el que comparar a Philip K. Dick. Aldiss sugiere a Pirandello, lo que no está mal si nos centramos en el pequeño aspecto de la realidad cambiante. Pero la maquinaria de Pirandello era básicamente destructiva. Era un triunfo de la técnica sobre la convención, poseída de un único mensaje esencial, sin importar qué se echara a la trituradora. El programa de Philip Dick es bastante más complicado. Su manejo de una historia te lleva desde un sitio a otro de una manera indefinible, desordenada, que, cuando lo piensas, resulta que sigue una línea lógica de desarrollo; pero eso sólo es evidente cuando reflexionamos sobre ella. Mientras el lector está atrapado por el sortilegio de la narración, no se encuentra en mejor posición que cualquiera de los personajes, siempre abrumados, cuando se trata de ver qué va a suceder a continuación.

Estos personajes a menudo son víctimas, prisioneros, hombres y mujeres manipulados. Por lo general, no tienen muchas probabilidades de abandonar el mundo dejándolo un poco mejor de como lo encontraron. Pero nunca se sabe. Lo intentan. Están bateando en la última mitad de la novena entrada, con la carrera para empatar en la base, dos hombres fuera, dos *strikes* y tres bolas en juego. Y con la posibilidad de que se cancele el partido por culpa de la lluvia en cualquier momento. Pero ya que estamos, ¿qué es la lluvia?, ¿qué es un estadio de béisbol?

Los mundos en los que se mueven los personajes de Philip Dick están sujetos a cancelación o revisión sin previo aviso. Uno se puede fiar tanto de la realidad como de las promesas de un político. Ya sea una droga, un bucle temporal, una máquina o una entidad alienígena el responsable de los desconcertantes cambios en las situaciones que rodean a sus personajes, el resultado es el mismo: la Realidad, con R mayúscula, se ha conver-

tido en algo tan relativo como el grado de sequedad de nuestros respectivos Martinis. Pero la lucha continúa, sigue el combate. ¿Contra qué? En último término, contra potencias, principados, tronos y dominios, a menudo contenidos en huéspedes que son a su vez víctimas, prisioneros, hombres y mujeres manipulados.

Lo que hace que todo esto suene a asuntos tremendamente serios. Pues no. Táchese «tremendamente», añádase una coma al final y lo siguiente: pero una de las características de la maestría de Philip Dick estriba en el tono de su obra. Posee un sentido del humor para el que no alcanzo a encontrar el adjetivo adecuado. Sardónico, grotesco, payaso, satírico, irónico... Ninguno de ellos consigue abarcarlo totalmente, aunque es posible encontrarlos todos sin buscar demasiado. Sus personajes se pegan batacazos en los momentos más serios; la ironía patética puede invadir la escena más cómica. Llevar a buen puerto semejante espectáculo es una cualidad muy rara y valiosa.

¿Quién si no, en este disparatado universo, podría concebir una sociedad que prospera gracias a la capacidad de sus líderes de jugar al bridge, con la deliciosa regla de que un equipo formado por marido y mujer puede acabar en divorcio instantáneo al final de una mala partida? ¿O presentar un coche que le da la lata a su dueño para que le cambie el aceite, lo lleve a revisión o le ponga neumáticos nuevos? Veo que ya lo han adivinado. El libro es *Trofeo Mortal (Los jugadores de Titán)*. O una historia que se inicia con un psicoanalista que diagnostica a su paciente como el típico paranoico, porque cree que le siguen, que tiene el teléfono intervenido y que todo el mundo le odia... hasta que el psicólogo se da cuenta de quién es su paciente en realidad, comprende que seguramente esté siendo vigilado y siente un odio repentino hacia él. El paciente es el Doctor Bloodmoney, en el libro con el mismo título, una brillante pieza caleidoscópica de narrativa.

Otras tres obras que se encuentran entre mis favoritas:

Ubik, que Larry Ashmead, de Doubleday, me puso en las manos una tarde, con una sonrisa excitada, diciéndome que tenía que leerla enseguida. La empecé a leer en el tren de vuelta a Baltimore aquella tarde y podría haber acabado en Cincinnati o en Kansas City, de no ser por un revisor que parecía una copia de Jerome Hines.*

¿*Sueñan los androides con ovejas eléctricas*? Un libro que me leí de una tirada y sin moverme, y cuyo título de vez en cuando me resuena en la cabeza con la melodía de «Greensleeves». La verdad es que no sé por qué. Lo de la melodía, quiero decir. Lo de la sentada se explica por sí solo cuando uno abre el libro y comienza a leer.

Galactic Pot-healer. Cuando la enciclopedia define a una criatura particular como la forma de vida dominante de un planeta en concreto y luego destaca que dicha especie consiste en un único miembro... resulta casi un capricho. Pero no del todo. Un libro de Philip Dick nunca puede clasificarse con tanta nitidez. Pero éste es un tanto especial en cómo se centra en sus humores (en el sentido isabelino del término) y en la calidad casi pastoral de algunas de sus partes.

Al mencionar estos favoritos míos, no intento restar valor a sus restantes obras. He leído casi todas las historias de Philip Dick y nunca he dejado ni una sola con esa sensación, que todos los lectores experimentan alguna que otra vez, de que el autor ha engañado, ha escogido una salida fácil, en lugar de enfrentarse con toda su capacidad a los temas que él mismo ha planteado. Philip Dick es, en este sentido, un escritor honesto; o, si yo estoy equivocado y alguna vez ha recurrido a subterfugios, entonces es un tributo a su maestría que lo esconda con tanto éxito.

Inventiva. Ingenio. Integridad artística. Tres cualidades que es muy bueno poseer. Pero pronunciarlas es, quizás, hablar más

* Jerome Haines (1921 – 2003) fue un famoso cantante de ópera estadounidense.

de la mente tras las palabras que de los fines a las que se dirigen dichas palabras. Porque decirlas, con toda la honestidad y la mejor de las intenciones, referidas a una historia resulta, más que nada, en un montón de abstracciones.

Una historia es una serie de efectos. He reconocido al inicio que los efectos de Philip Dick me fascinan incluso más que los descontentos sociales que laten a través del tubo de neón frente al espejo mellado, que cuelga sostenido por una cuerda de piano del molino de viento que es su mente. Es un escritor de escritores, con una imaginación tan rica que se puede permitir quemar en un párrafo ideas con las que otro escritor desarrollaría un libro entero. No puedo describir esos efectos. Pero es que tampoco hubiera podido escribir la etiqueta de la lata de Ubik. Es la variedad y la aptitud casi surrealista de sus yuxtaposiciones lo que hacen que sea muy difícil categorizar este asunto. Sin embargo, la respuesta subjetiva cuando uno termina un libro de Philip Dick y lo suelta es que, al reflexionar, uno no conserva tanto el recuerdo de una historia; más bien, parece que nos quedamos con los ecos que nos dejaría un poema rico en metáforas.

Valoro esto, en parte porque desafía que se haga un mapa completo de su obra, pero sobre todo porque lo que nos queda de una historia de Philip Dick cuando se han olvidado los detalles es una cosa que regresa en momentos extraños y que nos ofrece un sentimiento o un pensamiento. Algo, por lo tanto, que nos enriquece tras haberla leído.

¿Sueñan los androides
con ovejas eléctricas

Para Maren Augusta Bergrud

10 de agosto de 1923 - 14 de junio de 1967

*Sueño aún que pisa la hierba,
caminando fantasmal entre el rocío,
atravesado por mi alegre canto.*

W. B. YEATS

AUCKLAND.— Una tortuga que el capitán Cook obsequió al rey de Tonga en 1777 falleció ayer, cerca de los doscientos años de edad.

El animal, llamado *Tu'imalila*, murió en el jardín del palacio real, situado en la capital tongana de Nuku'alofa.

Los habitantes de Tonga consideraban como un jefe al animal, y se nombraban cuidadores especiales para atender sus necesidades. La tortuga perdió la vista hace unos años de resultas de un incendio.

La radio tongana anunció que los restos de *Tu'imalila* serán enviados al Museo de Auckland, en Nueva Zelanda.

Reuters, 1966

1

Una deliciosa y sutil descarga eléctrica, activada por la alarma automática del climatizador del ánimo, situado junto a la cama, despertó a Rick Deckard. Sorprendido, porque nunca dejaba de sorprenderle eso de despertarse sin previo aviso, se levantó de la cama y se despezó, vestido con el pijama de colores. En la cama, su esposa Iran abrió los ojos grises, apagados; al pestañeo siguió un gruñido, y cerró de nuevo los párpados.

—Has puesto un ajuste muy suave en el Penfield —regañó a su mujer—. Volveré a modificarlo, te despertarás y...

—Aparta las manos de mis ajustes —le advirtió ella con una nota de amargura—. No quiero despertar.

Se sentó a su lado, inclinado, hablándole en voz baja.

—Si lo ajustas a un nivel lo bastante alto, te alegrarás de estar despierta; ése es el quid de la cuestión. En el ajuste C supera el umbral de la consciencia, como me pasa a mí. —Se sentía tan bien dispuesto hacia el mundo en general, después de pasar la noche con el dial en la posición D, que le dio unas suaves palmadas en el hombro desnudo y blanco.

—Quita de ahí tu áspera mano de poli —le advirtió Iran.

—No soy poli. —Aunque no había ajustado el mando se sintió irritado.

—Aún peor —dijo su mujer sin abrir los ojos—. Eres un asesino que trabaja a sueldo para los polis.

—Nunca he matado a un ser humano. —Su irritabilidad había aumentado hasta convertirse en hostilidad.

—Sólo a esos pobres andys —replicó Iran.

—Pues no recuerdo que hayas tenido ningún problema en gastarte el dinero de las recompensas que gano en cualquier cosa que te llame la atención. —Se levantó para acercarse a la consola del climatizador del ánimo—. En lugar de ahorrar para que podamos comprarnos una oveja de verdad que sustituya a la falsa eléctrica que tenemos en la azotea. Un simple animal eléctrico. Para eso llevo todos estos años esforzándome. —Ya junto a la consola, titubeó entre marcar el código del inhibidor talámico, que suprimiría la ira, o el estimulante talámico, que le irritaría lo suficiente para salir vencedor de la discusión.

—Si aumentas el veneno, yo también lo haré —le advirtió Iran—. Marcaré el nivel máximo y acabarás inmerso en una pelea que dejará cualquier disputa que hayamos tenido a la altura del betún. Tú marca y verás; ponme a prueba. —Se levantó y corrió hasta la consola de su propio climatizador del ánimo; se quedó de pie junto a ella, mirándole expectante con los ojos muy abiertos.

Él suspiró, vencido por la amenaza.

—Marcaré lo que estaba previsto en mi agenda del día. —Examinó el programa para el día 3 de enero de 1992 y comprobó que se trataba de la actitud profesional de un hombre metódico—. Si marco lo que tengo programado —dijo con cautela—, ¿harás tú lo mismo? —Esperó, consciente de que no debía comprometerse hasta que su mujer aceptase imitar su ejemplo.

—En mi programa del día figura un episodio depresivo de autorreproches de seis horas de duración —anunció Iran.

—¿Cómo? Pero ¿por qué has programado algo así? —Eso atentaba contra el espíritu del climatizador del ánimo—. Yo ni siquiera sabía que pudiera programarse algo semejante —dijo, desanimado.

—Estaba aquí sentada una tarde, y como de costumbre había sintonizado el programa del Amigable Buster y sus amigos

amigables. Estaba anunciando una noticia importante cuando pusieron ese horrible anuncio, ése que odio tanto; ya sabes, el de las braguetas de plomo Mountibank. Durante un minuto, más o menos, apagué el sonido. Y entonces oí al edificio, a este edificio; oí... —Hizo un gesto.

—Los apartamentos vacíos —dijo Rick. A veces también él los oía de noche, cuando se suponía que debía estar durmiendo. Era sorprendente que se clasificara en la parte alta de la horquilla de densidad de población un bloque de pisos medio vacío como aquél, situado en lo que antes de la guerra eran los suburbios, donde podían encontrarse edificios prácticamente deshabitados..., o eso había oído decir. Había pasado por alto aquella información; como mucha gente, no quería experimentarlo de primera mano.

—En ese momento —continuó Iran—, cuando tuve apagado el volumen del televisor, estaba en un estado de ánimo 382; acababa de marcarlo. Así que aunque oí físicamente el vacío, no lo sentí. Mi primera reacción consistió en agradecer que pudiéramos permitirnos un climatizador del ánimo Penfield. Pero entonces caí en la cuenta de lo poco sano que era ser consciente de la ausencia de vida, no sólo en este edificio, sino en todas partes, y no ser capaz de reaccionar. ¿Lo entiendes? Supongo que no. Pero eso se consideraba síntoma de desequilibrio mental; lo llamaron «ausencia de respuesta emocional». Así que mantuve apagado el sonido del televisor y me senté junto al climatizador, dispuesta a experimentar. Al cabo de un rato encontré el ajuste de la desesperación. —Su impertinente rostro moreno adoptó cierta expresión de satisfacción, como si hubiera logrado algo valioso—. Así que lo introduje en mi agenda para que apareciese dos veces al mes. Creo que es una periodicidad razonable para sentirse desesperanzada por todo y con todos, por habernos quedado aquí en la Tierra, después de que todas las personas listas hayan emigrado, ¿no estás de acuerdo?

—Pero tiendes a conservar semejante estado de ánimo —dijo Rick—. A ser incapaz de marcar otro para salir de él. Una desesperación tan amplia, que abarque la totalidad, se perpetúa a sí misma.

—Programo un reajuste automático que se activa al cabo de tres horas —le explicó su esposa—. Un 481: consciencia de las múltiples posibilidades que me ofrece el futuro; una esperanza nueva de que...

—Conozco el 481—la interrumpió. Había marcado aquella combinación muy a menudo; de hecho, confiaba mucho en ella—. Escucha —dijo, sentándose en la cama, cogiéndole las manos para que ella se acomodase a su lado—, incluso con una interrupción automática, es peligroso sufrir una depresión; sea del tipo que sea. Olvida lo que has programado y yo haré lo mismo; marcaremos juntos un 104 y lo disfrutaremos juntos, luego tú te quedarás con él un rato mientras que yo reajusto el mío para adoptar mi habitual actitud metódica. Subiré así a la azotea, a ver cómo está la oveja, y luego iré a la oficina; así sabré que tú no estás aquí metida, dándole vueltas a la cabeza con el televisor apagado. —Soltó sus dedos finos, largos, y cruzó el amplio apartamento hasta llegar al salón, que aún olía un poco al humo de los cigarrillos de la noche anterior. Una vez allí, se inclinó para encender el televisor.

—No soporto la televisión antes del desayuno. —La voz de Iran le llegó desde el dormitorio.

—Marca el 888 —sugirió Rick mientras el aparato se calentaba—. El deseo de mirar la televisión, sin importar lo que pase a tu alrededor.

—Ahora mismo no me apetece seleccionar nada —dijo Iran.

—Entonces pon el 3.

—¡No puedo marcar un ajuste que estimula mi corteza cerebral para infundirme el deseo de modificar el ajuste! Si lo que quiero es no marcar, lo menos que querré es precisamente eso,

porque entonces querría hacerlo, y querer marcar es ahora mismo la necesidad más ajena a mis deseos que puedo imaginar. Lo único que quiero es quedarme sentada en la cama, mirando el suelo. —Su voz se había vuelto áspera con los matices de la desolación mientras su alma se congelaba y su cuerpo dejaba de moverse, mientras una película instintiva, omnipresente, de un gran peso, de una inercia casi absoluta, la cubría por completo.

Rick subió el volumen del televisor, y la voz del Amigable Buster reverberó con estruendo llenando la sala.

—Ja, ja, ja, amigos. Ha llegado la hora de dar un apunte sobre la previsión del tiempo. El satélite Mongoose informa que la precipitación radioactiva será especialmente pronunciada hacia el mediodía, momento a partir del cual perderá intensidad, así que para todos los que estéis planeando aventureros al exterior...

Iran apareció a su lado, con su largo camisón, y apagó el televisor.

—De acuerdo, me rindo. Lo marcaré. Cualquier cosa que quieras que sea; una extática dicha sexual. Me siento tan mal que soy capaz de soportarlo. Qué coño. ¿Qué más dará?

—Lo seleccionaré para ambos —dijo Rick, mientras la llevaba de vuelta a la cama. Allí, en la consola de Iran, marcó el 594, reconocimiento a la superior sabiduría del marido en todos los aspectos. En la suya programó una actitud fresca y creativa hacia el trabajo, aunque no lo necesitara, porque ése era su comportamiento habitual sin tener que recurrir a la estimulación cerebral artificial que le proporcionaba el Penfield.

★ ★ ★

Después de un desayuno apresurado, pues había perdido mucho tiempo discutiendo con su esposa, Rick se vistió para salir al exterior, incluido el modelo Ajax de la bragueta de plomo Moun-

tibank, y subió a la azotea cubierta de hierba donde «pastaba» la oveja eléctrica; donde ella, sofisticada pieza de ingeniería que era, mordisqueaba algo, con simulada satisfacción, engañando al resto de los inquilinos del edificio.

Estaba seguro de que algunos de los animales de sus vecinos también eran falsificaciones hechas de circuitos eléctricos, pero nunca había indagado en ello, igual que sus vecinos tampoco habían metido la nariz en lo de su oveja. Nada habría sido menos cortés. Preguntar «¿esa oveja es auténtica?» hubiese sido peor muestra de mala educación que inquirir si la dentadura, o el pelo o los órganos internos de alguien eran auténticos.

El ambiente matinal gris plomizo, salpicado de motas radioactivas y capaz de ocultar el sol, se desplegaba a su alrededor, irritándole la nariz; aspiró involuntariamente el olor de la muerte. Tal vez era una descripción un poco exagerada, pensó mientras se acercaba al trozo de césped que le pertenecía junto al apartamento excesivamente espacioso de abajo. El legado de la Guerra Mundial Terminus había perdido intensidad; quienes no sobrevivieron al polvo habían muerto años atrás, y éste, ahora más ligero, tan sólo trastornaba las mentes y los genes de los supervivientes más fuertes. A pesar de la bragueta de plomo, el polvo, sin duda, se filtraba en y sobre él, proporcionándole a diario, mientras no pudiese emigrar, su pequeña dosis de sucia mugre. Hasta entonces, las revisiones médicas a las que se sometía todos los meses confirmaban que era un tipo normal, capaz de reproducirse según los límites que establecía la ley. Pero llegaría el momento en que los médicos del departamento de policía de San Francisco que lo examinaban le darían otro diagnóstico. Continuamente se detectaban nuevas mutaciones genéticas, gente especial, derivada de personas normales a causa del polvo omnipresente. Los carteles, los anuncios televisivos y el correo basura del gobierno machacaban con esta consigna: «¡Emigra o degenera! ¡La decisión es tuya!». «Nada más cierto —pensó Rick